



1. La liturgia como escuela de conocimiento

La liturgia no es solo celebración: es conocimiento. Pero no un conocimiento conceptual, sino **mistagógico y sapiencial**. En ella no aprendemos ideas sobre Dios, sino que **somos introducidos en su presencia**. La liturgia enseña no por discurso, sino por participación; no por definición, sino por comunión. El tiempo pascual, y especialmente este domingo del Buen Pastor, nos revela que el verdadero saber cristiano nace del seguimiento: conocer es dejarse conducir.

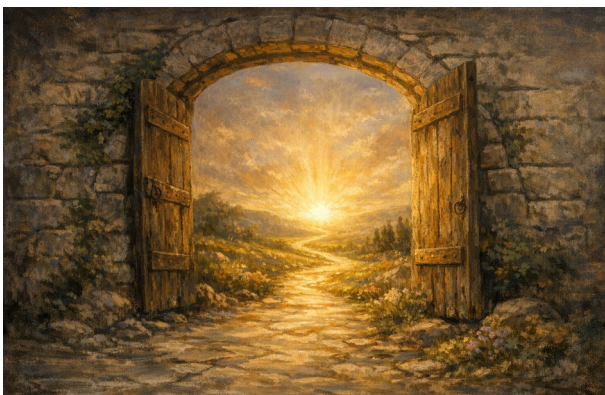
2. El conocimiento mistagógico

Mistagogía significa “*introducción en el misterio*”. Es el conocimiento que se adquiere al entrar, no al observar. En la liturgia, cada gesto, cada palabra, cada silencio nos introduce en el misterio de Cristo. El mistagogo —la Iglesia, el Pastor, la Palabra— no explica desde fuera, sino que **abre el camino** para que el creyente experimente desde dentro. Así, el conocimiento mistagógico es **experiencial y transformador**: no se trata de saber más, sino de ser más. En la Eucaristía, el creyente no estudia el misterio, sino que lo vive; no contempla una verdad abstracta, sino que participa de la vida divina. Es lo que hace Cristo-Jesús que, en este domingo cuarto, se nos da a

conocer como puerta.

3. El conocimiento sapiencial

La sabiduría (*sapientia*) es el sabor del misterio. Es el conocimiento que nace del amor y conduce a la comunión. El saber sapiencial no separa, sino que une; no analiza, sino que contempla. Es el conocimiento del corazón que reconoce la voz del Pastor y la sigue. Por eso, el domingo del Buen Pastor es también el domingo de la **sabiduría del seguimiento**: “*Mis ovejas escuchan mi voz y me siguen*”. La sabiduría cristiana no consiste en dominar la verdad, sino en dejarse guiar por ella. Es la ciencia de la confianza, la inteligencia de la obediencia.



4. El Buen Pastor como maestro de sabiduría

Cristo no enseña desde la distancia, sino desde el camino. Su palabra no es teoría, sino paso. Él no solo nos muestra el destino, sino que **abre la puerta y la atraviesa primero**. Su fortaleza es amor que se entrega; su sabiduría es humildad que conduce. El conocimiento mistagógico y sapiencial se encuentra en Él: el Pastor que conoce a sus

ovejas y es conocido por ellas. En su voz se revela la verdad; en su paso, el camino; en su entrega, la vida.

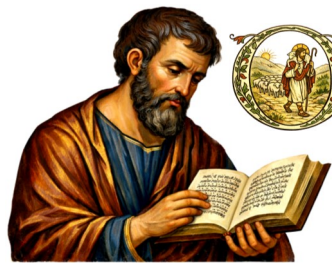
5. La liturgia como experiencia de conocimiento

Cada celebración es una escuela de sabiduría. En el ritmo de la liturgia, el creyente aprende a conocer el modo de amar: por participación. El altar es el lugar donde la mente se hace corazón, donde el saber se convierte en comunión. Allí el rebaño aprende la ciencia del seguimiento: escuchar, confiar, caminar. La liturgia nos enseña que el conocimiento cristiano no se acumula, sino que se recibe; no se conquista, sino que se acoge.

6. Conclusión: conocer es entrar

El conocimiento mistagógico y sapiencial culmina en la experiencia del paso. Conocer a Cristo es entrar en Él, dejar que su Pascua se convierta en nuestro propio tránsito. Por eso, la oración del día —*Deduc nos ad societatem caelestium gaudiorum*— resume toda la sabiduría pascual: “*Condúcenos, Señor, a la comunión de los gozos celestiales*”. El conocimiento verdadero no consiste en entender el misterio, sino en **ser conducidos dentro de él**. Allí, en la comunión del Pastor y su rebaño, la mente se hace oración y la sabiduría se convierte en amor.





Omnipotens sempiterne Deus, deduc nos ad societatem caelestium gaudiorum, ut eo perveniat humilitas gregis, quo processit fortitudo pastoris.

Traducción oficiosa

Dios omnipotente y eterno, condúcenos a la comunión de los gozos celestiales, para que la humildad del rebaño llegue adonde ha precedido la fortaleza del pastor.

Traducción oficial

DIOŚ todopoderoso y eterno, condúcenos a la asamblea gozosa del cielo, para que la debilidad del rebaño llegue hasta donde le ha precedido la fortaleza del Pastor.

Esta oración colecta del cuarto domingo de Pascua está tomada del *Sacramentarium Gelasianum Vetus*. Una antigua tradición relaciona este libro con el papa Gelasio I, del siglo V. Fue recopilado cerca de París hacia el año 750 y conserva una hermosa mezcla de elementos romanos y francos, testimonio de una Iglesia que ora desde la memoria viva de sus orígenes.

En clave orante, el tiempo pascual se nos presenta como una invitación a mirar a Cristo no solo como el Resucitado, sino como el Pastor que guía. Él no se limita a mostrarnos el destino: abre el camino y lo recorre antes que nosotros. Su fortaleza no es dominio, sino amor que se entrega; su victoria no es distancia, sino cercanía que conduce.

La oración de hoy nos enseña que la humildad del rebaño no es debilidad, sino disponibilidad para seguir. La Iglesia no llega al cielo por su propio esfuerzo, sino porque el Pastor la precede. En Cristo, la fortaleza y la humildad se encuentran: Él, fuerte en la

cruz, nos hace fuertes en la esperanza; nosotros, humildes en el seguimiento, participamos de su gloria.

Cada paso del rebaño es un eco del paso del Pastor. Donde Él ha pasado —por la muerte, por la entrega, por la obediencia— allí somos llamados a pasar también. La Pascua no es solo un acontecimiento que celebramos, sino un camino que se nos abre: el tránsito del miedo a la confianza, de la soledad a la comunión, de la tierra al cielo.

En esta plegaria pedimos: *Deduc nos ad societatem caelestium gaudiorum*; es decir: “Condúcenos a la comunión de los gozos celestiales”. El cielo no es un espacio, sino una relación: la participación plena en la alegría de Dios. Es la comunión de los santos, la armonía de los redimidos, la plenitud de la vida compartida.

Cada Eucaristía anticipa esa comunión. En el pan partido y compartido, el cielo se abre. Por medio de ella, el Pastor nos alimenta y nos enseña a caminar juntos. La alegría celestial comienza cuando el corazón se abre a la comunión presente, cuando el amor vence la separación. El cielo comienza cuando el rebaño se deja guiar, cuando la humildad se convierte en confianza, cuando la obediencia se hace amor.

La fortaleza del Pastor nos precede; su voz nos llama; su cruz nos abre la puerta. Y la humildad del rebaño —nuestra pobreza, nuestra docilidad, nuestra fe sencilla— es el espacio donde esa fortaleza se hace fecunda. Así caminamos hacia la luz pascual, sostenidos por la fuerza de Cristo y transformados por su ternura. Donde Él ha pasado, allí llegaremos; donde su amor ha vencido, allí nuestra humildad será glorificada. Amén.

EN LAS FUENTES DE AGUA VIVA

CATEDRAL DE OVIEDO

